

Es preciso que dibujemos en estas páginas la colosal figura del reformador de la Trapa, si queremos lealmente cumplir con nuestro cometido y hacernos bien cargo de la historia de la orden.

El hombre á que aludimos se llamaba Juan Armando Bouthillier de Rancé. Su vida es toda una novela.

## II.

### ARMANDO DE RANCÉ.

El 9 de enero de 1626 nacia Armando de Rancé de una familia ilustre. Las primeras miras de su padre fueron hacerle caballero de Malta, pero, aunque le destinaba á llevar las armas, no dejó de hacerle entrar en la carrera de los estudios. Dióle á un mismo tiempo tres preceptores; el uno le enseñaba la lengua latina, el otro la griega, y el tercero se ocupaba en formar sus costumbres, en velar sobre su conducta y en enseñarle los principios de la religion cristiana.

La muerte de su hermano primogénito hizo cambiar de ideas á su padre. Quiso que su hijo renunciara á la espada para abrazar el estado eclesiástico que habia tomado su hermano, y al sucederle en cualidad de primogénito, le sucedió tambien en los beneficios de que gozaba, á mas de otros que le procuró su padre. En poco tiempo se vió el jóven Rancé canónigo de Nuestra Señora de París, abad de la Trapa de la orden del Cister, de Nuestra Señora del Valle de la orden de San Agustín, de San Sinfiriano de Beauvais de la orden de San Benito, prior de Bolonia cerca de Chambor, prior tambien de la orden de San Benito y de San Clemente en Poitou.

De esta manera á la edad de once años, sin haber hecho ningun servicio á la Iglesia, ni estando tampoco en edad de hacérselos, disfrutaba de veinte mil libras de rentas eclesiásticas.

El jóven abad de Rancé se dedicó ardientemente al estudio, é hizo tan rá-

pidos progresos que, cosa admirable!, á los doce años publicaba una nueva edicion de las poesías de Anacreonte, acompañadas de un comentario griego que fué celebrado por los sabios. En seguida hizo una traduccion francesa del mismo poeta.

Se dedicó despues á la filosofía y, emprendedor y entusiasta en sus estudios, quiso tambien profundizar la astrología, enterarse de la ciencia de los astros.

Esto escandalizó á su padre que hizo cuanto pudo para disuadirle de su idea, pero, qué le importaba el escándalo al jóven abad comendatario de la Trapa!

En vano recurrió su padre á los consejos, á las órdenes y súplicas, en vano le manifestó que la funesta ciencia de la astrología era contraria á la moral, á la virtud y á la religion por atribuir todos los acontecimientos al fatalismo, en vano fué. Armando persistió en sus deseos, en sus errores.

— Yo quiero ser un poco brujo! decia con la resolucion y desparpajo de un niño mimado.

Murió su padre al cabo de algunos años, y el jóven Rancé se vió entonces impelido al mundo con treinta mil libras de renta y con cualidades morales que le daban grandes ventajas y le proporcionaban grandes triunfos en la sociedad.

Los placeres le buscaban y él no les huía. Empezó á figurar en la corte, se abrió paso, se hizo círculo..... tuvo partido.

No eran sin embargo los suyos esos desórdenes groseros á los que vemos inclinarse torpemente la juventud. Sus locuras tenian cierta espiritualidad, sus desarreglos cierta escentricidad que hacian volar su nombre en alas de la mas galante fama. La delicadeza mas esquisita reinaba en su mesa, el lujo mas espléndido pero de mas buen gusto en sus habitaciones, en sus carruajes, en sus vestidos. Tenía una pasion decidida por la caza y esto le hacia preferir su casa de Veret en Turena, la cual habia heredado á la muerte de su padre.

Era tambien uno de los huéspedes mas asiduos del palacio Rambouillet.

Nadie ignora lo que era el palacio de Rambouillet en la corte galante de Luis XIV, todos saben que allí, en aquel *salon azul* tan célebre en las obras de Voiture, Artemisa, que era el nombre con que se conocia entre sus huéspedes á la famosa marquesa de Rambouillet, recibia á los mas agudos ingenios y á las mas bellas damas de la corte. Allí se juntaban Voiture, Balzac, Cotin y Benserade con lo mas ilustre de la nobleza; allí, en medio de la

alegría y los galanteos, de la sátira y la chismografía, meditaba el abad sus sermones del día siguiente.

Su vida de disipación, de falacidad y locura era el objeto de todas las conversaciones y también de todos los comentarios.

El obispo de Chalons le encontró un día en los corredores de palacio y le dijo con tono entre severo y amistoso:

— Señor abad, cómo es que no habeis de observar mejor conducta? No os faltan talentos ni luces para seguir una senda mas brillante. No os remuerde vuestra conciencia? Pero, ay! es inútil que yo hable á los oídos de vuestro cuerpo cuando Dios no os habla á los del corazón. Sereis condenado por su divina justicia.

— Monseñor, — le contestó Armando sonriendo y encojiéndose de hombros, — dígoos que teneis razón, pero os suplico por el amor de Dios que me deis condenar en paz.

Y pasó de largo después de haber profundamente saludado al obispo.

Los amigos pululaban en torno de Rancé. Era generoso, pródigo, derrochador. Socorria con mano benéfica todas las necesidades y sus compañeros de placer y de locura podian á sus anchas tomar cuanto les acomodaba de su bolsa.

Ya hemos dicho que la caza era su pasión favorita. Varias veces, después de estar cazando tres ó cuatro horas por la mañana corria en posta, el mismo día, doce ó quince leguas para defender una tesis en la Sorbona ó predicar con la misma tranquilidad, ingenio y presencia de ánimo que si saliese de su oratorio. Champvallon, íntimo suyo, le preguntó un día al encontrarle muy de mañana en la calle:

— Dónde bueno, abad? qué te haces hoy?

— Esta mañana — respondió el abad, — voy á predicar como un ángel y esta tarde cazaré como un diablo.

Su traje era siempre el que menos convenia á su profesion. Vestia por lo comun una ropilla color de violeta de riquísima tela, llevaba los cabellos largos y rizados, dos esmeraldas retenian los encajes de sus vueltas, un diamante de precio brillaba en su dedo.

Cuando cazaba en sus posesiones, cosa que le acaecía muy á menudo, nada existia en su exterior que revelase al sacerdote. Llevaba al cinto una espada y dos pistolas, vestia un traje de color leonado con bordaduras de oro y mostraba gran lujo y profusion en su jauria y sus arreos de caza.

Grandes cacerías tenian á veces lugar en Veret dirigidas por él y á las

cuales eran invitados todos sus amigos. Allí recibian una rejia hospitalidad. Todo eran opulentos banquetes, cenas suculentas que se prolongaban hasta bien entrada la noche y casi siempre hasta la madrugada, entre el ruido de los vasos y botellas, de las conversaciones galantes, de las sonoras carcajadas y de los cantos del festín.

Una tarde se hallaba sentado á la mesa con tres de sus amigos, después de una de esas fastuosas comidas.

Eran los que le acompañaban el conde de Santa Cruz, el caballero de Villaquier y el marqués de Foudras, tres nombres ilustres en los salones y entre las damas de París.

La conversacion empezaba á languidecer, los vasos estaban llenos sin que nadie tuviera valor de acercarlos á sus labios. Una inercia de plomo amenazaba envolver con su manto á los convidados.

— Mañana me marchó, — dijo de pronto Foudras que hacia rato estaba entregado á sus reflexiones dándole con el mango de un cuchillo á la copa que tenia delante.

— Calla! — exclamó admirado Santa Cruz interrumpiendo un bostezo.

— Aquí se está muy triste sin mugeres, — continuó el marqués. — Os lo digo francamente, Rancé, sin por esto tratar de quejarme de vuestra hospitalidad. Pero, qué diablo! como mas amigos mas claros. Hace quince dias que estamos aquí y ya empiezo á fastidiarme.

— Quisiera tener la varita mágica de un hechicero, — contestó Rancé, — para transportar á esta habitacion á la hermosa duquesa de Chaulnes. A buen seguro que no os fastidiarais entonces, mi querido marqués.

Los otros dos convidados lanzaron una carcajada. En efecto, nadie en la corte ignoraba las pretensiones del marqués para con la duquesa de Chaulnes que se mostraba esquiva á sus galanterías.

— Buen golpe, Rancé! — dijo en esto el caballero de Villaquier. — Desgraciadamente, nuestro amigo Foudras lo mismo se fastidiaria entonces que ahora. Es una fortaleza la de Chaulnes.

El marqués se mordió los labios.

— Pues á una fortaleza á quien se ha intimado la rendicion y no se rinde, se la pone sitio, — dijo Santa Cruz.

— Y se la asalta, — dijo Rancé.

— Y se la pasa á cuchillo, — añadió el caballero.

Las carcajadas volvieron á empezar.

— Con qué tan esquiva es para vos, marqués? — preguntó Rancé á Foudras.

- Inexorable! — murmuró este.
- Y la amais?
- Es que no la amo.
- Pues que haceis?
- La adoro.
- Esperais vencerla?
- Lo espero.
- Y si un dia asoma á vuestra puerta el desengaño?
- Entonces, cuando ya no tenga esperanza, — exclamó Foudras con aire sombrío, — me levantaré la tapa de los sesos de un pistoletazo y todo estará dicho.
- Santa Cruz y Villaquier lanzaron una carcajada. Solo Rancé no se rió, antes al contrario los músculos de su fisonomía cobraron cierta tirantez que no les era habitual y una sombra de severidad iluminó sus facciones.
- Lo hariais así, marques? — le preguntó Armando.
- Lo haria como lo digo, — contestó Foudras con calma y sin afectacion.
- Pues entonces, — dijo Rancé con cierta solemnidad, — vos no amariais á esa muger.
- Que no la amaria y me abrasaria los sesos por ella! — exclamó admirado el marqués.
- Por eso mismo, — contestó Armando.
- Os juro pues que no lo entiendo, — dijo Foudras.
- El abad comendatario se encojió de hombros sin contestar. Hubo un momento de silencio. Los otros dos huéspedes se habian apoyado de codos sobre la mesa y miraban ya á uno ya á otro de los dos interlocutores, al parecer visiblemente interesados en aquel diálogo.
- El marqués fué el primero en volver á tomar la palabra.
- Y vamos á ver, Rancé, — qué es lo que hariais vos en mi lugar?
- Yo?
- Sí, vos.
- Yo empezaria por amar perdidamente á esa muger, anteponerla á todo, por hacerla mi ídolo, por no pensar mas que en ella, por rendirla un culto de inmensa adoracion.
- Esto es lo que yo hago, — dijo el marqués.
- En seguida, — añadió Rancé, — esperaria.
- Hace un año que espero.
- Esperaria otro.

- Y si este pasaba con el mismo desden por su parte?
- Otro.
- Y si el otro tambien?
- Otro.
- Pero no podiais esperar toda la vida!
- Toda la vida esperaria.
- Bah! — dijo Foudras sonriendo — entonces acabariais por moriros y....
- Y moriria esperando, — interrumpió Rancé de cuyos ojos brotó una llama.
- Nadie contestó. Todos meditaban quizá la profundidad de aquella respuesta en la que se pintaba toda la firmeza de caracter, toda la enerjía de pensamiento, todo el dominio sobre la voluntad con que Dios habia dotado á aquel hombre.
- Vamos á ver, señores, se me ocurre un proyecto, — dijo de pronto Rancé dando un golpe con el puño sobre la mesa y volviendo á aparecer en sus labios la ausente sonrisa con aquella facilidad que tenia en cambiar la expresion de su fisonomía.
- Veamos ese proyecto, — contestó Santa Cruz bebiendo el contenido de su vaso.
- Es un proyecto para ahuyentar el fastidio que puede haber enjendrado en todos nosotros una permanencia tan dilatada en este edificio, sin mas placer que la caza.
- Que me place, — dijo el caballero.
- Os comprometeis á secundarme?
- Lo juramos! — exclamó enfáticamente Santa Cruz volviendo á llenar su vaso. El abad sacó un bolsillo de terciopelo con anillas de oro.
- En esta bolsa, — dijo, — hay mil pistolas (1); dadme cada uno de vosotros una suma igual para poder añadir á la mia.
- Los tres jóvenes que tenian confianza absoluta en Rancé y en su proyecto arrojaron cada uno las mil pistolas sobre la mesa (2).
- Cuando Rancé hubo reunido el dinero, llamó y se presentó un criado.
- Que ensillen cuatro caballos, — dijo.
- Dónde vamos? — se atrevió á preguntar el marqués.
- Donde la casualidad nos lleve, — exclamó Rancé. — Iremos á España, á
- (1) Moneda de oro en Francia y en España. Cien pistolas equivalian á mil francos.
- (2) Histórico. — «El abate Massollier» en su «vida del abad de la Trapa:» el padre Heliot en su «historia de las órdenes religiosas:» Alfonso Brot en su historia de «los trapenses.»

Italia, á Turquía, donde nos impela el viento mientras nos dure el dinero. Restableceremos en su vigor y consideracion una profesion honrosa y honrada que no sé porque ha de haber caido en desuso en nuestros dias. Seremos caballeros errantes. Vamos, como verdaderos paladíes, á recorrer el mundo en busca de aventuras, de castellanas que libertar y de tiranos que perseguir. En una palabra, resucitando las muertas leyes de caballería, seremos enderezadores de tuertos y desfacedores de agravios. Os conviene el proyecto?

—Magnífico! — gritaron todos con entusiasmo seducidos por la orijinalidad de la idea.

—Pues entonces, señores, á caballo!

Y Rancé fué el primero en precipitarse fuera del comedor. Todos le siguieron.

Iban ya á montar, cuando un oficial del rey entró en el patio de Veret al galope de su caballo.

—Qué es eso? — dijo Armando.

—Órdenes del rey, — contestó el oficial saludando á los cuatro amigos y echando pié á tierra.

En seguida se acercó á Santa Cruz y á Villaquier y les entregó un despacho á cada uno con el sello del Estado.

—Adios, amigos míos, — dijo Santa Cruz despues de haber leído el pliego.

—Adonde vais? — preguntó Rancé.

—Á París.

—Y yo á Holanda, — dijo el caballero presentando el despacho abierto á Rancé.

En efecto, eran dos órdenes del rey. Santa Cruz era nombrado subsecretario de Estado y Villaquier coronel de un rejimiento que iba á salir para Holanda, con orden de partir en seguida entrambos á tomar posesion de sus respectivos destinos.

—Se nos aguó la fiesta, — dijo Rancé con un gesto significativo. — Es lástima! era un buen proyecto!

Y sin pensar mas en ello, mandó volver los caballos á la cuadra.

Un año despues, el conde de Santa Cruz habia muerto en un duelo, el caballero de Villaquier habia caido traspasado por las balas enemigas en una escaramuza y el marqués de Foudras, sin poder resistir por mas tiempo los desdenes de su ingrata duquesa, se habia hecho volar la tapa de los sesos de un pistoletazo.

Estas tres muertes afectaron visiblemente á Rancé. Él mismo estuvo espues-

to á un peligro que le hizo reprocharse, aunque solo momentáneamente por el pronto, los errores y desórdenes de su conducta.

Paseábase un dia por el campo que existia entonces detrás de la iglesia de Nuestra Señora de París y llevaba con él su fusil para tirar por diversion y de paso á algun pájaro. Unos imprudentes dispararon sobre él desde la orilla del rio por casualidad ó de intento, pero las balas dieron contra el acero de su cacerina que afortunadamente paró el golpe y le salvó la vida. Sin esto quedaba muerto en el sitio.

—Oh! dijo el abad, Dios ha tenido piedad de mí!

Pero sus reflexiones por entonces no pasaron los límites de esta exclamacion. La gloria y la ambicion ahogaron en él esos primeros impulsos de la gracia. Y hasta cierto punto no dejaba de ser justo su orgullo.

El arzobispo de Tours, que conocia á fondo su mérito, le habia hecho elejir diputado de su provincia para la asamblea general que celebró el clero de Francia en 1655. Los elogios que recibió por su elocuencia en dicho congreso, la estimacion que se adquirió por su talento, el encargo que le dió la asamblea de corregir una edicion de Eusebio y de algunos padres griegos, el empleo que obtuvo por aquel entonces de primer limosnero de Gaston de Francia, duque de Orleans, todo esto renovó la pasion que sentia por la gloria y no pensó mas que en los medios de satisfacerla y de adquirir nuevos triunfos.

Sin embargo, no tardó en cansarse de su nueva vida. La esperanza que le sonreia no dejaba jamás de sonreirle, pero tampoco jamás acababa de dejar de ser esperanza. Era una senda que no tenia nunca fin y Rancé se aburría en el camino. Pretendia marchar tan rápido como su pensamiento. El alma grande del abad comendatario anhelaba los imposibles.

Entonces es cuando vemos á Rancé abandonar la corte y, augurando ya con este hecho su porvenir, retirarse á Veret, sino deseoso de terminar allí sus dias, al menos anhelando unos momentos de tranquilidad y calma.

Ahora bien, examinemos, aunque solo sea de paso, las causas que pudieron inducirle á tan súbita determinacion. Sus biógrafos están en ello contestes y lo encuentran de fácil esplicacion.

No me atrevo yo asegurar otro tanto.

Dicen sus biógrafos que retrocedió ante los obstáculos que se le ofrecian impidiéndole á su ambicion del momento desplegar triunfantes sus alas.

Tal como yo concibo á Rancé, no puedo explicármelo así. Almas como la de Rancé no retroceden ante ningun obstáculo. Los separan ó los saltan y siguen adelante. Quién las pone vallas? Para los corazones grandes todo es

grande. Es para mí mas admisible lo que digo algunos párrafos mas arriba, que lo que pretenden sus historiadores. Hombres como Armando de Rancé no temen las luchas cuando su corazon les impele, cuando su conviccion les guia. Se aburren quizá, pero no se cansan. Se fastidian, pero no cejan. Todo es poco para su mirada de águila que atraviesa los espacios.

Sin embargo, quisieran correr con la velocidad del rayo y esto les es imposible. Su grandeza no está pues en seguir, — entonces solo la habria en triunfar del fastidio, — su grandeza está en esperar. No ha llegado su hora. Otro camino se les debe abrir, es su fé, su esperanza, su conviccion, es ley de la humana naturaleza.

Se retiran pues, retroceden si se quiere, pero retroceden esperando, volviendo la cabeza como los espartanos.

Rancé se retiró á esperar.

Que se me diga ahora: hizo mal acaso?

Mas tarde, no vemos á Rancé tan grande en su retiro de la Trapa como á Napoleon en su trono elevado sobre los escombros de diez tronos?

Tal es mi pobre opinion.

En Veret, Rancé debió de entregarse á serias reflexiones, y una anécdota que le acaeció entonces le predispuso á pensar gravemente sobre su porvenir y á profundizar quizá su alma con la sonda de hierro y el frio examen de un espíritu analítico.

Recurriremos á Brot para que nos cuente esta anécdota como ya nos ha contado otra.

Una mañana Rancé llegó á su casa visiblemente conmovido y se encontró allí á un amigo que al verle tan demudada la fisonomía, se sobresaltó y le dijo:

— Qué teneis? os ha sucedido alguna desgracia?

— No, pero me ha sucedido una cosa bien estraña, — contestó Rancé.

— Qué?

— Hace cosa de tres horas me paseaba tranquilamente por el campo, cuando sorprendiéndome la lluvia, me ha obligado á buscar un abrigo bajo un árbol para guarecerme algun tanto. Hacia ya algunos momentos que me hallaba allí, cuando he visto á unos veinte pasos de distancia un pastor que recojia su ganado para retirarse. No sabré deciros porque, pero á la vista de aquel pastor me ha parecido experimentar un sentimiento estraordinario, indefinible. Podia tener sesenta años. Largos mechones de cabellos blancos caian sobre sus hombros y espaldas; era de alta estatura; su fisonomía tenia una espresion de dulce resignacion que me ha cautivado en seguida. Sus vestidos estaban

chorreando, pero parecia no hacer caso. Iba á pasar por delante de mí sin siquiera mirarme, cuando le he detenido sin saber porqué y, sin tampoco poder explicarme porqué, le he preguntado si se hallaba feliz con su estado. A esta pregunta ha clavado en mí sus ojos negros y me ha respondido con voz grave: — «Me hallo y considero tan feliz en mi estado de pastor, que los dias se me deslizan como minutos y no envidio ni la suerte de los reyes. Á veces me ocurre la idea de la muerte, pero nada espantoso tiene para mí, porque espero hallar en las campiñas del cielo lo mismo que en las campiñas de la tierra, rebaños que conducir y ovejas dispersas que volver á su redil.» A estas palabras, el pastor ha proseguido su camino y yo me he quedado meditando no poco con tal encuentro.

Esta es la anécdota que nos refiere Brot.

Si efectivamente este escritor la ha ido á buscar en buena fuente, si efectivamente le acaeció el hecho á nuestro abad, cuántas veces no recordaria despues en su desierto de la Trapa al pobre y humilde pastor de las campiñas de Veret!

Pero nos llaman otras escenas. Tenemos que considerar á nuestro héroe bajo otro punto de vista. Llega un momento en que su ambicion, su sed de gloria, su disipacion, sus locuras, sus vicios, hasta su misma esperanza, todó cede ante un nuevo deseo que brota en su alma.

Es que en el cielo de Rancé se eleva la estrella del amor.

### III.

#### UN EPISODIO DE SU VIDA.

UNA muger se encontró un dia en el camino de Armando de Rancé. Ninguna mas bella ni mas seductera que esta muger.